

LA CONTROVERSI A BOLIVARIANA

EL BOLIVAR DEL PROFESOR LOPEZ DE MESA

(Trabajo leído en la Academia Nacional de Medicina), por EDMUNDO RICO.

Con el sugestivo epígrafe de *Simón Bolívar y la cultura iberoamericana*, el profesor Luis López de Mesa enaltece, ahonda y humaniza la personalidad ecuménica del Libertador, con tan avezada maestría psicobiológica como ninguno de los panegiristas del grande hombre (quizá el más grande habido en su especie) lo lograra hasta hoy.

Este estudio espiralmente humano sobre Bolívar, desprovisto de arrequives mitológicos y enhebrado en la complejidad conceptual de López de Mesa, promueve —junto con la admiración inherente a toda obra suya— encabritadas controversias en quienes de errónca buena fe cotizan a los máximos héroes universales bajo el común denominador de intangibles esencias divinas.

Allá ellos. Y allá su propincua como frustrada esperanza en hacer tambalear las marginales opiniones que, a guisa de enseñanza propedéutica, hilvana López de Mesa en cadencioso columpiamiento, a un Simón Bolívar por fortuna distinto al de los seborreicos libracos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Absurdo sería de mi parte intentar alguna exégesis en torno a Clío —siquiera fuese superficial— del Genio de Indoamérica. Y lo sería en grado sumo, pues de historiógrafo y menos de historiador, que diría Guzmán Esponda, no tengo catadura ni asomo. Empero, como el profesor López de Mesa en su admirable síntesis sobre “Simón Bolívar y la cultura iberoamericana” diserta, asimismo, a lo largo y ancho de las facetas biológicas y psíquicas del Libertador, encuentro en ello holgado asidero para justipreciar, en mi calidad de aficionado a tan trascendentales búsquedas, la razón que en esta parte muy de veras lo asiste.

*
* *

“Mirando en la urdimbre tipológica del Libertador —escribe López de Mesa— hallamos una tan desbordante actividad amativa y mo-

ral, mental y física, que supera con mucho las fronteras de lo normalmente posible: ¿Quién como él podría recorrer sin fatiga sesenta kilómetros a caballo, por estas lomas de los Andes, y ponerse luego a danzar cuadrillas y minués hasta la media noche y madrugar otro día para dictar a sus secretarios cartas estupendas y documentos públicos de sagacidad casi inverosímil? ¿Y quién, como él, daría batallas de sangre y batallas de amor cotidianamente, sin relevo ni cansancio? ¿Ni quién podría, como él pretuberculoso, helmintiásico, amebiásico quizá, y tal vez palúdico, insomne, sin duda, hambreado y sediento, resistir bizarramente el bochorno abrasador de la Orinoquia y la helada cumbre del páramo de Pisba? ¿Y hacer jornadas de meses, a caballo, con tamaño inconveniente para la continua equitación, como él tuvo?

“La endotoxina del bacilo de Kock parece determinar ligeros fenómenos de embriaguez, de excitación de la mente, con un no sé qué de grata elocuencia e idealismo seductor, con falsa idea de propia potencia general, fuerte y aun urgente inclinación amorosa, optimismo, en fin, irreducible, amén de cierto brillo de los ojos y cierta intención en la mirada, muy cautivadores a las veces. Mas ello es que tales engañosas apariencias sucumben ante la implacable realidad de la anemia progresiva, del agotamiento muscular, de la creciente lasitud héctica. Bolívar pudo adquirir de su madre leve impregnación tuberculosa, que pasó más o menos larvada durante su niñez y primera juventud aunque ya para la época de su arribo a Bogotá, en 1819, su flacura era impresionante, y en 1822 tuvo claros síntomas de su afección pulmonar definitiva. Sólo que, a mi ver, estas novedades más podrían minorar que producir la infatigable energía de sus empresas, o esa su fe irreducible en el triunfo que le acompañaron hasta la hora final de la emancipación, y que se encuadran, como un grabado de Rembrandt, entre la trágica apóstrofe del 25 de marzo de 1812, y la apóstrofe heroica de Pativilca en 1824.”

“Existe una perturbación del cuerpo tiroides el hipertiroidismo tenue, que produce aquel fulgor de la mirada que tenía Bolívar, grande lucidez mental, y fácil discurso, arrebatada imaginación e inquietud física, y he pensado en veces si algo de esto no habría en su índole, ya que en tales condiciones fisiológicas la actividad se acompaña de notorio enflaquecimiento y, hasta cierto límite de la alteración glandular, de exquisita sensibilidad afectiva y exaltado erotismo. Ningún otro signo, sin embargo, hallo en él, de esta anomalía, pues ni hiper-

trofia de la glándula, ni exoftalmía, ni suave cutis, ni temblor, sudor, etc., se anotan a su cargo."

"Conozco también una especie nosológica, la hipomanía, muy muy frecuente entre nosotros en sus formas más discretas, aquellas que sólo el psiquiatra discernce, y que casa mucho con las modalidades del temperamento bolivariano: ella conduce a la actividad irrefrenable, a la combatividad, la ambición y el orgullo, a la desbordante imaginación, a la elocución fácil, al optimismo invencible, a las emociones repentinas y aturbonadas a veces, a la exuberancia en el amor y otros deleites. Hasta cierto grado es poderoso auxiliar para la lucha y crea especímenes sociales de extraordinaria simpatía y buen éxito. Se presenta en ocasiones alternando con períodos de melancolía, más o menos remotos, según la constitución del paciente, como parece haber ocurrido a Bolívar en Viena, en forma grave, y levemente en otros sitios y otros tiempos."

*
* * *

A la par que todo ser posee una fórmula anatomofisiológica dependiente de su constitución física, está dotado, asimismo, de otra fórmula mental, surgida de la primera: su constitución psíquica. Esto ya lo expresaba en buen romance científico Paul Voivenel cuando dijera que el hombre "tiene la moral de su química y la química glandular de sus secreciones internas."

En frase densa, anota López de Mesa, cómo "en ciertos instantes de la vida, la plena majestad del espíritu visita la mente de los hombres". Y, a fe que el enjundioso sociólogo, recibió en excelso rebote intelectual, el contacto o la visita de su propia frase cuando diérase a plasmar los sillares gloriosos de Bolívar, precisamente sumergiéndose en el estudio conjunto de las glándulas endocríneas o en la raigambre temperamental de quien con "su heroicidad hizo la Gran Colombia y cuya genialidad trocóse en Derecho Público del Continente".

El cuerpo tiroideo es, por excelencia, la glándula vascular sanguínea de la emoción. Más aún: del hiperfuncionamiento tiroideo dependen, en línea recta, la rapidez en el pensar, en el sentir y en el obrar; la impaciencia, el entusiasmo, la exaltación pasional en sus diversas formas. Los productos hormonícos vertidos en el torrente circulatorio por esta glándula, activan las funciones genésicas, elevan la nutrición de los tejidos e imprimen a la talla su morfología individual.

Los hipertiroidianos —por lo común predispuestos a la tuberculosis— son magros, de tipo “longuilíneo”, vale decir, seres de miembros largos y finos; de tórax y abdomen aplanados y estrechos; y, unido el todo, a un rostro expresivo, ardiente, en forma de óvalo.

Estos rasgos hipertiroídeos así como su morfología corporal, los describe o auspicia Luis López de Mesa en el Libertador con tanta majeza y movida pulcritud científica que francamente para estructurar tamaño acopio de aciertos, es preciso estar saturado de la vida y de los hechos del personaje a quien así se formulan.

Mas, al profesor López de Mesa, no escapan —como dúctil endocrinólogo y psiquiatra prepotente que lo es, y mucho— los nexos correlativos a las glándulas vasculares sanguíneas. El sabe, desde luego, que la Patología es el microcosmo indestructible de la interdependencia endocrina. Conoce de las interdependencias hormonales de las interdependencias simultáneas, sucesivas y antagónicas que ligan, en ciclo ininterrumpido, unas con otras, las glándulas de secreción interna.

Y, por ello, no ignora el profesor que el hipertiroidismo (aunque sea leve como lo fue el de Bolívar) tiene sus altas y sus bajas, sus mareas y contramareas, sus ascensos y descensos tensionales exhibidos, como muy acertadamente lo apunta Léopold Lévi, por “la fácil tendencia al agotamiento, la brusca e inesperada caída del entusiasmo, la fatiga invencible, las cóleras inmotivadas, la ansiedad” y, en fin, otros tantos fenómenos paradójicos enteramente opuestos a la tensa aceleración vital hipertiroideana.

De aquí —y que para descifrar acertada, científicamente, el dinamismo ciclópeo del Libertador— la plurivalencia de nuestro humanista retuerza algunas de las razones en que estribara la portentosa actividad bolivariana, escudriñando los efectos excitantes de la endotoxina de Koch, unidos a ese mordiente psíquico de inagotable acción que es la hipomanía temperamental.

López de Mesa insinúa en referencia a la endotoxina del bacilo de Koch, que “Bolívar pudo adquirir de su madre leve impregnación tuberculosa, que pasó más o menos larvada durante su niñez y primera juventud, aunque ya para la época de su arribo a Bogotá, en 1819, su flacura era impresionante, y en 1822 tuvo claros síntomas de su afección pulmonar definitiva”.

Ello es así, ciertamente. Sin embargo (y esto no tiene mayor importancia, quizá por lo mismo que el profesor lo omitiese en su estudio) Bolívar, a más de adquirir de su progenitora la bacilosis, talvez

reforzó aquella herencia, no solamente por su morfología longuilínea, de por sí propensa a la tuberculosis sino que, todavía, dióle mayor virulencia a los estragos del agente de Koch por la intensa promiscuidad en que el Libertador viviera su fogosa juventud con su frágil cónyuge, doña Teresa de Toro y Gómez, fallecida también de tisis.

Sea de ello lo que quisiese, la tesis de López de Mesa para explicar, en cierto modo, la inderrrible actividad de Bolívar por su larvada impregnación tuberculosa, resulta justa, cuando menos, respetable. Porque es el hecho de que en algunos individuos discretamente afectados por la endotoxina del bacilo de Koch —mayormente cuando estos seres son poseedores de elevado índice intelectual— aquellas sustancias morbosas al herir las meninges encefálicas, exaltan la potencia del cerebro, y, por ende, la actividad funcional del organismo entero.

*

* *

Y, sin embargo, no satisfacen a López de Mesa, estas dos causas adyuvantes —hipertiroidismo tenue y endotoxina bacilar— para llegar al substratum, al leiv motiv de la actividad irrefrenable y creadora del Libertador, puesto que echa mano del argumento Aquiles, de la piedra angular que, sin lugar a duda, clarifica junto con su estupendo "élan vital" la resistencia física y, no pocas de las fuentes geniales de Simón Bolívar: su hipomanía constitucional.

Sugiere el romanticismo seudocientífico que el Genio es una obra de arte realizada mientras que la locura es una obra de arte fracasada. La escuela italiana de Lombroso sostuvo, igualmente, con argumentos impresionantes aunque asaz deleznable, las correlaciones entre el genio y la locura merced a las teorías por entonces en voga —y ridiculizadas por Max Nordcau— del desequilibrio mental y los llamados degenerados superiores.

El eje sonoro de aquellas hipótesis seductoras pero trucas residía, precisamente, en la existencia tanto en algunos genios como en ciertas vesanias del temperamento hipomaniaco. Según metáfora feliz de Pierre Kahan, el temperamento representa la exteriorización de la Afectividad; indica el grado de presión sensitiva, ni más ni menos como la aguja del barómetro señala el de la presión atmosférica. Si el barómetro se desnivela, la aguja queda bloqueada por encima o por debajo de la presión real. De idéntico modo, el humor psíquico puede ser bloqueado por encima o por debajo del ritmo común. Si

por encima, surge la excitación hipomaniáca; si por debajo, aparece la depresión melancólica.

Pero humor eufórico y optimista e hipomanía por una parte; y humor triste o pesimista, por la otra, dependen íntimamente, tienen su razón exclusiva de ser, en el funcionamiento agradable o desagradable, en el rimar armonioso o esquivo de las sensaciones internas forjadas en los talleres viscerales y funcionales del cuerpo bajo la influencia, entre otros factores, del sincronismo tonante o de la terca deficiencia en el movedizo girar de las glándulas de secreción interna. Este continuo enjambre de senso-percepciones internas denomínase Cenestesia, así que cuando ella es perennemente vivaz hay hipomanía, al paso que cuando se torna crónicamente penosa, su resultante se exterioriza en la depresión. Un poeta nuestro, escéptico, por añadidura, Luis C. López, expresó en famoso soneto el estado cenestésico cuando exclamaba que, "en el amor y en otras cosas de mayor cuantía, todo depende de la digestión".

Y es que una buena cenestesia orgánica o sea la hipomanía, imprime "confianza al modesto; audacia al tímido; orgullo al humilde; actividad al abúllico", generando, en veces, las más prodigiosas creaciones y realizaciones en los planos ideológicos, artísticos, financieros, políticos y religiosos a que pueda llegar el hombre.

Equivocados andaban los partidarios del parentesco entre el genio y la locura cuando sostenían que la rúbrica de sus teorías reposaba, exclusivamente, en la palanca hipomaniáca. En esta generalización *a outrance* radicó su error. Pues que la hipomanía es apenas motor que funciona diferentemente según sean las constituciones temperamentales del solípedo racional. Si la hipomanía está engastada en un ser mitómano, únicamente servirá para exaltar las tendencias congénitas a la superchería, a la calumnia, la mistificación y las tendencias simuladoras; si sirve de impulso a personajes congénitamente perversos como lo fueron Casanova y Fouchet, tan sólo rendirá un repugnante porcentaje de anomalías sexuales, estafas, delitos, crímenes y asesinatos; si vive puesta al servicio de algún paranoico tenebroso como Adolfo Hitler, su balance final se confundirá dentro del cataclismo de los valores sociales, y, por último, si la hipomanía es apenas patrimonio de cualquier sujeto desprovisto de capital mental, por fuerza ha de resumirse entonces, en mera desordenada e improductiva exaltación psicomotora, en auténtica diarrea verbal que recuerda el

apóstrofe de Voltaire: "un diluvio de palabras sobre un desierto de ideas."

Pero algo muy distinto acontece cuando esta hipomanía sirve de lubricante a espíritus en cuyo cerebro señorea la Memoria; avizora en creadoras imágenes la Imaginación y despliega el Juicio la presteza anímica de su autocrítica. En estos excepcionales casos —y excepcionales lo son en verdad— el motor hipomaniaco resulta espléndido regalo de dioses.

Mentalidades selectas, servidas por la hipomanía constitucional fueron la de Leonardo da Vinci y la de Beethoven; las de Shakespeare, Luis XIV, Napoleón I, Balzac y Pasteur; las de Goethe, Washington y Miguel de Cervantes Saavedra, y para citar alguna contemporánea, mentalidad hipomaniaca fue la de Franklin D. Roosevelt.

Lo cual no es óbice para que el runrunco de vetustos y ásperos criticastros, siempre que de cuestiones de índole psíquica se trata, clamen o desfoguen no con la dialéctica de Aristarco sino con el desabrimiento de su autodidactismo pedante, que los médicos, y sobradamente los especialistas en dolencias del alma, deforman la realidad histórica con la propia deformación profesional que en ellos acarrea el tránsito por la psicopatología.

No es así siempre. Y menos en Luis López de Mesa quien, en hermosas cláusulas acrisola los signos de la hipomanía, a la vez que se adelanta, en estos apartes, a defenderse, desdeñosamente, contra ulteriores cargos de la tan mentada, llevada y traída deformación profesional:

"Con este título (el de hipomanía) argumenta el profesor, no intento significar que Bolívar fuera loco. Ni con mucho, ciertamente. El diagnóstico de locura presupone desorden de las facultades mentales, desarticulación y perturbación de su armonía funcional, por donde resulte carencia de sínderesis en el comportamiento y en el juicio, cosas que nunca aquejaron al Libertador; porque si algo tuvo él, históricamente bien establecido, fue lógica en el discernimiento y maravillosa lucidez en sus opiniones. Significa solamente, y esto bien lo dice el nombre —hipomanía— exaltación, sin desviación, de algunas potencias espirituales y meramente fisiológicas, como creo que puede apreciarse en el cuadro general de su conducta política y privada, y en esos sus arrebatos, tan generosamente corregidos a veces. Explica su inquietud inagotable, mental, emocional y física, con su gusto por la equitación, la natación y la danza, por el paseo mientras

dicta su abrumadora correspondencia; y que le conduce a ocuparse en varios asuntos a la vez, a cierta volubilidad pasional, sentimental y emotiva, y aun a preferir para el sueño —¡hasta para el sueño!— la hamaca móvil...

*
* * *

Tan "indubitable" resulta a este respecto, el diagnóstico retrospectivo del profesor López de Mesa, que bien vale la pena de apuntarlo, con el testimonio de algún personaje —no propiamente ducho, sino, por el contrario, totalmente ajeno a la Psiquiatría —aunque sí, muy diestro buzo del comportamiento y repliegues del humano corazón. Este personaje, agregado al Estado Mayor de Bolívar, conoció y vivió la intimidad de su Jefe epónimo, notoriamente desde el 2 de mayo hasta el 26 de junio de 1828. Me refiero al general Luis Perú de Lacroix. El *Diario de Bucaramanga* (publicado por primera vez con una introducción y notas de Cornelio Hispano) encarna el libro de oro, por así decirlo, atañadero a la polifacética psicología del Libertador.

Cierto que Perú de Lacroix fue impávido trashumante de las aventuras y del logro; señeramente penumbroso en su etismo, pero ello —y mucho más—, ni le invalida su estupenda veta psicológica, ni desmiente la cruda realidad —hoy incontrovertida con los hechos de antaño— que gotea de su pluma tosca como immanente pulsación de vida.

En *El Diario de Bucaramanga* Luis Perú de Lacroix (que no era médico sino soldado) traza el bosquejo de la benemérita Hipomanía del Libertador, así como su hipertiroidismo leve y arquitectura corpórea, en estos finísimos apartes cuya precisión coincide, aunque en ideación diferente, claro está, con los de López de Mesa. Helos aquí:

"El general en Jefe Simón José Antonio Bolívar, cumplirá cuarenta y cinco años el 24 de julio de este año (1828); representa, sin embargo, cincuenta. Su estatura es mediana, el cuerpo delgado y flaco, los brazos, los muslos y las piernas descarnados. La cabeza larga, ancha en la parte superior, y muy afilada en la inferior. La frente grande, despejada, cilíndrica y surcada de arrugas hondas cuando el rostro no está animado y en momentos de mal humor y de cólera. El pelo crespo, erizado, abundante y canoso. Los ojos, que han perdido el brillo de la juventud, conservan la viveza de su genio: son profundos, ni

pequeños ni grandes; las cejas espesas, separadas, poco arqueadas y más canosas que el pelo. La nariz, proporcionada. Los huesos de los carrillos, agudos, y las mejillas chupadas en la parte inferior. La boca algo grande y saliente el labio inferior; los dientes blancos y la risa agradable. La barba larga y afilada. El rostro moreno y tostado, y se oscurece más con el mal humor: entonces el semblante cambia, las arrugas de la frente y de las sienes se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio inferior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisonomía diferente, un rostro ceñudo que manifiesta pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Cuando está contento, todo esto desaparece; la cara es risueña y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisonomía. S. E. no usa, ahora, bigote ni patillas. Tal es el retrato físico del Libertador. Su fisonomía es la de un hombre extraordinario, de un gran genio, de una inmensa inteligencia, de un profundo pensador."

"Nació el general Bolívar, continúa Perú de Lacroix, con un genio fecundo y ardiente, con una inteligencia inmensa y relativa al órgano cerebral que le dio la naturaleza. El Libertador es enérgico. Sus resoluciones férreas y sabe sostenerlas; sus ideas jamás comunes: siempre grandes, elevadas y originales. Sus modales afables, con el buen tono de los europeos de la alta sociedad. Practica la sencillez y modestia republicanas pero tiene el orgullo de una alma noble y elevada, la dignidad de su rango y el amor propio que da el mérito y conduce al hombre a las grandes acciones. La gloria es su ambición y sus laureles haber libertado diez millones de hombres y haber fundado tres Repúblicas. Su genio es emprendedor y une a esta calidad, la actividad, la viveza, infinitos recursos en las ideas y la constancia necesaria para la realización de sus proyectos. Es superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses; su filosofía lo consuela y su espíritu le suministra medios para repararlos. Cualesquiera que éstos sean sabe aprovecharse y valerse de ellos; su política no perdona ninguno, pero, como conoce a fondo el corazón humano, sabe dar o negar su estimación a los instrumentos de que se ha valido, según el móvil que los ha movido. Es susceptible de mucho entusiasmo. Su desinterés es igual a su generosidad. Le gusta la discusión; domina en ella por la superioridad de su espíritu pero se muestra algunas veces demasiado absoluto, y no es siempre bastante tolerante con los que le contradicen. Desprecia la vil lisonja y los bajos aduladores; la crítica de sus hechos lo afecta; la calumnia lo irrita y nadie es más amante de su reputación que él. Pero

su corazón es mejor que su cabeza. La ira nunca es en él duradera; cuando ésta se manifiesta se apodera de la cabeza y nunca del corazón, y luego vuelve éste a tomar su imperio y destruye al instante el mal que la otra ha podido hacer."

"La actividad de espíritu y de cuerpo mantiene al Libertador en continua agitación. Quien lo viera y observara en ciertos momentos, sin conocerlo, creería ver a un loco. En los paseos a pie que hacemos por las tardes con él, su gusto es, a veces, caminar muy aprisa y tratar de cansar a los que lo acompañan; en otras ocasiones se pone a correr y a saltar dejando atrás a los demás; luego los aguarda y les dice que no saben correr. En los paseos a caballo hace lo mismo, pero todo esto cuando está sólo con los suyos. Cuando el mal tiempo impide los paseos S. E. se desquita en su hamaca, meciéndose con velocidad o se pone a pasear a grande pasos por los corredores de su casa, cantando, algunas veces, y otras recitando versos o conversando con los que pasean con él. Cuando discurre con algunos de sus amigos, tan pronto muda de conversación como de postura: parece entonces que no hay nada estable en él. ¡Cuán diferente es S. E. en una visita de etiqueta! Con sus compañeros aparece igual a ellos, el más alegre, y, a veces, el más loco. En visita tiene la superioridad sobre todos, por su conversación viva e ingeniosa, su buen gusto y su cortesanía. Su ademán de hombre de mundo, sus modales distinguidos lo hacen pasar por el más gentil, el más instruido y el más cortés de los contertulios."

"La cólera del Libertador dura poco; unas veces es ruidosa, otras silenciosa. La primera la pasa con algún criado, regañándolo o echando a solas c... Sin estar colérico S. E. a veces es silencioso y taciturno: entonces tiene algún pesar o proyecto entre manos, y hasta que haya tomado su resolución, que comunmente es pronto, no le pasa el mal humor o la inquietud."

"Las preguntas de S. E. son cortas y concisas, y le gustan respuestas semejantes. No tolera nada difuso. Sostiene con fuerza y con tenacidad sus opiniones, y, cuando desmiente a alguno dice: 'No señor, eso no es así sino así...' Hablando de personas que no le agradan y que desprecia, se sirve mucho de esta expresión: 'Aquel c... aquellos c...' Es muy observador y nota hasta los más pequeños detalles. No le gustan los mal educados, los atrevidos los charlatanes, los indiscretos ni los descomedidos, y los critica ponderando siempre sus defectos."

"S. E. es ambidextro. Su edecán Ibarra me ha asegurado haberlo visto pelear con ambas manos y, teniendo cansada la derecha, pasar el

sable a la izquierda. Así sucedió en unos encuentros que tuvo en la derrota de Barquisimeto en noviembre del año 13 y en la Puerta, el año 14."

"Las ideas del Libertador son como su imaginación: llenas de fuego, originales y nuevas. Ellas animan mucho su conversación haciéndola muy variada. Su espíritu es más amigo de la crítica que del elogio, pero nunca a sus críticas o a sus elogios les falta la verdad. S. E. alaba siempre o sostiene o aprueba, con algo de exageración."

"Lo mismo sucede cuando crítica o cuando condena. En la conversación hace muchas citas pero siempre bien traídas. Voltaire es su autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso. Conoce bien todos los buenos autores franceses, algo los italianos e ingleses, y es muy versado en la literatura española. Gusta mucho S. E. de hablar de sus primeros años, de sus primeros viajes, de sus primeras campañas, de sus antiguos amigos y de sus parientes. No he oído nunca una calumnia en su boca. El Libertador ama la verdad, la heroicidad, el honor, las consideraciones sociales y la moral pública, y detesta y desprecia todo lo que se oponga a estos grandes sentimientos."

*
* *

Nadie osaría sostener que las anteriores transcripciones de Perú de Lacroix, adolecen de certidumbre. Porque de ellas mana, brota como del carbón el diamante, la esencia misma de las características temperamentales afectivas de Simón Bolívar. Allí, transpira, en efecto, por poros y resquicios, junto con la hiperemotividad tiroidea los soportes físicos que ella encuadró: la memoria feliz, la imaginación soberana, el cautivante y cautivador resorte del juicio y algún ligero matiz de egocentrismo, oreado y oxigenado el todo, por el cenestésico y estupendo fluir del cordial hipomantáco!

Lo que el profesor López de Mesa —tras ininterrumpidas vigiliass de análisis psíquico íntegral— extrajo novedosa e irrefutablemente de las entretelas inmortales del Héroe; cuanto el científico desentrañara en intensidad, simultaneidad y calidad introspectivas, el francés Perú de Lacroix —quizás ignorando el ancance eterno de sus meras observaciones objetivas, púsolo de relieve y, automáticamente, en cantidad y en extensibilidad experimentales. Lo que equivale a decir, que una vez más, el espíritu y la materia, se han estrechado, sin saberlo, la mano...

En Simón Bolívar hospedóse el Genio. Tal postulado nadie lo pone hogaño en tela de duda, y sin embargo muy contados seres descifran los mecanismos de la inteligencia genial. ¿Qué es, pues el Genio?

Maurice de Fleury —que a la vez que psicólogo y psiquiatra, era filósofo y algo discípulo del genial Henri Bergson— refiere que, en cierta ocasión, en el umbral de la residencia de Anatole France, topó, a quemarropa, con el profesor Brown, de la Universidad de Sydney, quien precisamente había ido a demandar, aquel día, de labios del irónico prosista gafo, la urdimbre en que reposara el genio. El profesor Brown, desconcertado con la estética respuesta de France, de que “el genio no es más sino la piedad humana”, solicitó, al respecto, algo más categórico de su casual hallazgo con de Fleury.

Y el discursivo psicólogo, hubo de admitir que “una memoria suntuosa y una imaginación deslumbradora, unidas al más certero juicio, ciertamente que resultaban insuficientes para respaldar al genio”. Estas tres aptitudes del intelecto para funcionar genialmente, han menester de ciertas disposiciones afectivo-activas llamadas temperamentales y que imprimen movimiento, color y vida a la inteligencia: sin reacciones emotivas, el más espléndido de los cerebros, permanece aletargado e inerte. Para que un genio natural prospere o se realice, necesita, siquiera sea, alguna brizna de avidez; sin ansias de poder y de gloria, todo gran talento se malgasta; sin reactividad o hiperemotividad, la inteligencia, por aguda que fuere, pierde su contacto, sus amarras fructíferas con el diapasón terreno. Empero, lo que “por encima de todo es indispensable al hallazgo sublime, lo que prevé de divinas luces al creador del arte y al investigador de la verdad o al redentor de naciones, no es otra cosa sino una cierta tensión de espíritu, un alto grado de excitación cerebral lindante con la patología, lo que llaman los psiquiatras el estado hipomaniaco. No existe genio, sin esta sobreactividad nativa, sin esta excelsa dote cenestésica”.

Memoria, Imaginación y Raciocinio, prominentes, por una parte; y leve codicia, emotividad, y dosis constantes, sostenidas de hipomanía, por otra parte, tal es el postulado, la combinación psíquica indispensable y suficiente en que de Fleury, armoniza en fórmula indeleble los engranajes que integran al Genio.

E ignorándolos, sin conocer estos engranajes, ni su mecanismo, Perú de Lacroix, los adscribe en aguda realidad gráfica al Libertador, mientras que López de Mesa con el buril engolado de su universal-

dad científica, los adhiere sustancialmente a las páginas, en veces veraces de la Historia.

*
* *

Y es que el estudio de la psicología normal y patológica, parece ser la única ruta para sondear, certeramente, la esencia o el móvil de los grandes valores humanos: así llegó Hipólito Taine a descubrir en el Tallador del primer Imperio Francés, el hilo de Ariadna de sus fueros íntimos. Y así ha llegado, ahora Luis López de Mesa —aunque con mayor clarividencia biológica— a humanizar la suprema majestad de Simón Bolívar.

De este modo, el Héroe, "el demiurgo", cobra la pristina polarización del Genio. Un genio que el profesor colombiano relievra y esmaltta, magnífica y munificamente. Oigámoste: 'es porque los grandes hacedores de la historia son a la manera de una estatua cuyo pedestal se ensancha y sube incesantemente, hasta el punto de que, a poco más, la propia efigie descuella en las nubes y se ilumina con los destellos cenitales del sol.'

"También así, la grandeza genuina de Bolívar ha venido ampliándose con el transcurso de los tiempos por el desarrollo gigante de las naciones que recibieron los beneficios de su brazo y de su mente, y ahora, una centuria después de su tránsito del mundo, la imagen suya desafía ya las más enhiestas cumbres de la gloria, compite ya con los forjadores más ilustres del destino humano."

Tal el remate como este geómetra del espíritu que es López de Mesa, rinde su tributo al Libertador. Digan lo que dijeren los Zoítos: piense lo que pensare "el inmenso talento de esa generación no menos inmensa de los pachecos queirozianos, Simón Bolívar fue Genio —¡y qué genio el suyo!— pero Simón Bolívar fue también hombre, que, de no haberlo sido, hoy no existirían cinco Repúblicas libres.